

DE BUENAS LETRAS

Benedetti

JOSÉ IGNACIO FERNÁNDEZ DOUGNAC

De la Academia de Buenas Letras

El que un escritor sea en exceso prolífico, a veces, no se debe tanto a su efervescencia y rica creatividad, como al hecho de que ignore la inestimable ayuda de la papelera. La obra literaria no se mide por kilos sino por la conjunción entre la solidez de los contenidos y el penetrante uso de la palabra. Esto es lo que la mantiene viva a lo largo de los siglos y lo que la salva de un injusto olvido. A tenor de sus resultados, la labor del uruguayo Mario Benedetti (1920-2009) pulveriza parte de esta afirmación. Su obra, aunque profusa en poesía, narrativa, teatro, ensayo y crítica, posee una indiscutible calidad que, pese a sus irregularidades, lo mantiene en la categoría de los clásicos.

Benedetti fue uno de los últimos rapsodas. Al aprovechar la inmensa divulgación que le brindaron los medios, supo propagar como pocos su visión comprometida de la realidad y aproximarla a todos los públicos. A ello ha contribuido la misteriosa cordialidad de su estilo. Su decir cercano, claro, posee una juguetona pulsión que lo hace tan único y singular como plenamente reconocible. De ahí la penetrante incandescencia de sus pensamientos, que se prodigan por las redes como píldoras salutaríferas. La voz de Benedetti refleja el gozo por

escribir, pero vinculado siempre a ese placer que ensancha la vida. «Pienso en el placer (cualquier forma de placer) y estoy seguro de que eso es la vida».

Su activismo de izquierdas propició que su obra posea una indiscutible carga política, concebida ésta en el sentido más hondo e inteligente de la palabra. Benedetti no entiende el afecto, la ternura o la pasión sin su vertiente íntima y civil. Por eso, «en la calle codo a codo / somos mucho más que dos» y «porque sos pueblo te quiero». Para él, «uno de los elementos emblemáticos de la vida» es el amor, que es «de cualquier manera un apogeo en las relaciones humanas». Su voz va dirigida al corazón de la gente, a aquellos a los que hay que abrir las puertas de la muralla. Aquí no cabe la obviedad del panfleto, el aburrimiento de la hoja parroquial.

La celebración de un centenario supone un descubrimiento o una consolidación. Leer, por primera vez, a Benedetti nos hace disfrutar de los dones y las gracias de la literatura. Releerlo es volver a tomar una cerveza con ese viejo amigo que, con leve sonrisa, nos invita a la lectura: «Tengo miedo de verte / necesidad de verte / esperanza de verte / desazones de verte».